se refieren á los hechos mismos de la acusacion? De ninguna manera. Lo que queria el acusado era erigirse en acusador, arrojarse en la via de la calumnia y del escándalo, atacando reputaciones honrosas. ¿Consiste en esto la libertad de la defensa? ¿No hubiera sido esto mas bien licencia que defensa?

Verger (vivamente). La libertad debe ser completa.

Presidente. ¿Debia el ministerio público, que tiene deberes ante la ley y la sociedad, asociarse á estas tentativas de escándalos, á estos deplorables caprichos? No lo ha creído así, y por esto se negó á oír á los testigos que presentaba el acusado.

Verger. Se debia respetar mi pretension...

Presidente. Eso no hubiera sido respetar la defensa: el señor Procurador general tomó conocimiento de la lista de testigos presentada por el acusado, y autorizó la cita de tres, cuyo testimonio se referia al hecho mismo de la acusacion. Oír á mas, hubiera sido ir mas allá del derecho y del voto de la ley. Por lo demás, acusado, consultad con vuestro digno defensor y os dirá dónde principia y dónde concluye el derecho de la defensa.

Verger. Es inútil: voy á responder por mi defensor. Ayer á las dos, recibí del ministerio de Justicia, la autorizacion, y esto, observadlo bien, contra el dictámen del señor Procurador general, la autorizacion de hacer venir á todos mis testigos, pero con la sola condicion de que fueran citados á mi costa. Entonces ya no tenia tiempo suficiente para citarlos.

M. Nogent Saint Laurens (defensor del acusado). El acusado me habló de una lista de testigos que queria presentar: entonces le dije que el señor Procurador general, usando del derecho que le concede la ley, elegiria sin duda alguna entre ellos. Hasta ayer no se me avisó de las intenciones del acusado; ya no era tiempo de atender esta reclamacion tardía, pues que nos hallábamos fuera del término de la notificacion. Al presente, y en vista de la insistencia del acusado, desearia se me concediesen algunos minutos para hablar con *Verger* y hacerle comprender cuál es en esta circunstancia su interés verdadero.

El defensor se acerca al acusado y le dirige algunas palabras en voz baja; pero *Verger* no le mira ni le oye; se exalta cada vez mas y prosigue su idea fija de acusacion calumniosa.

Entre tanto, el Procurador general se aprovecha de este instante de calma para dirigir á los Jurados algunas palabras: «Señores, no debe darse á este incidente mas consecuencia que la que merece. ¿Podrá alguno persuadirse que la justicia quiera poner trabas á la defensa? Preciso es que sepais bien, señores, que no se trata en el fondo de hacer oír testigos necesarios para la defensa, sino de estender por este recinto horribles calumnias... En prueba de ello solo citaré ese odioso libelo que tenemos á la vista.

Verger (interrumpiendo con furor). Leed, leed; leamos, señores.

El señor Procurador general. Es un espantoso conjunto de invenciones monstruosas.

Verger (con el mismo tono). Pues bien, leámosle, leamos, leamos...

Presidente (con dulzura). *Verger*, ahora mismo habeis recordado las palabras de Jesucristo...

Verger (con una exaltacion siempre creciente). ¡Oh! Sí; yo apelo á Jesucristo, á su misericordia, á su bondad.

Presidente. Pues bien, vos que proclamais la necesidad de la paz, haced de modo que tome asiento en vuestro espíritu...

Verger. Que se lea (volviéndose hácia el público). Pueblo, leed...

Presidente. Callad. (A los Jurados.) Ved á este hombre... Ya le conoceis; héle aquí casi juzgado.

El señor Procurador general. Acceder á la pretension del acusado, hubiera pido prestarse á la mas abominable trama. Además, aunque hubiéramos autorizado la cita de los testigos, no hubieran venido la mayor parte, y hubiera sido preciso retirar la palabra á los otros desde la primera frase. ¿Podíamos permitir al asesino, que despues que ha clavado el puñal en el seno del venerable prelado, se armase con otro puñal, el de la calumnia, y lo dirigiera contra los miembros del clero francés? Hé aquí la verdad sobre este incidente; el buen sentido hará justicia.

La dilacion, que hoy reclama el acusado, no tiene otro objeto que renovar una tentativa en que ha naufragado. Es, pues, inútil concedérsela. Nada faltará por esto á los debates.

Entre los sesenta testigos que queria se oyesen, hemos elegido tres cuyas declaraciones se refieren al hecho de esta causa; ir mas lejos seria prestarse á un abuso, y nosotros no podemos consentir en ello.

Verger (dirigiéndose al público con vehemencia). ¡Pueblo! la defensa no es libre.

Presidente. ¿Qué entendeis por defensa libre?

Verger (con cierta vacilacion). Entiendo la emancipacion de todo lazo...

Presidente. ¿Cómo de todo lazo?...

Verger. Sí, hay lazos físicos; como los cerrojos, las rejas y los gendarmes; yo me rio de estos lazos; mas hay lazos morales que consisten en interpelaciones como las vuestras.

Presidente. Así, ¿creeis que no es libre vuestra defensa, porque se os ha rehusado citar á vuestros testigos?

Verger (animándose). Sí; mi vida ha pasado entre todas esas personas que voy á llamar; es, pues, preciso que se explique mi vida con la vida de esas personas; sostengo, pues, mi reclamacion.

Presidente. Veamos, en definitiva; ¿quereis aceptar el debate?

Verger. No rehusó el debate, pero pido que se oiga á mis testigos, lo quiero, es preciso... Mis testigos, ó de lo contrario, me niego á todo...

Presidente. Responded al interrogatorio.

Verger. No... ¡mis testigos!

Presidente. Tiene la palabra el defensor.

Monsieur Nogent Saint Laurens. No puedo asociarme de una manera absoluta á la pretension que acaba de espresar este desgraciado, sobre la cual le exorto se modere. Si en el curso de los debates apareciera la necesidad de oír á algunos testigos, me